

EL SEMANARIO CATÓLICO.

REVISTA RELIGIOSA, CIENTÍFICA Y LITERARIA.

Núm. 123.

Alicante 29 de Marzo de 1873.

Año IV.

EL AYUNO CUADRAGESIMAL.

III.

Hemos dicho en el artículo anterior que el ayuno no es mas que una práctica sencilla de frugalidad, un ejercicio del dominio del alma sobre el cuerpo, un sensato menosprecio de los placeres materiales, una mortificación. Pero esta mortificación no alcanzará mérito moral, si deja de ir acompañada de la disposición de espíritu que la haga meritoria. Porque, en verdad, ningun acto exterior de culto, de religion ó de piedad tiene valor alguno, si no le acompaña debidamente el espíritu que le dá vida. ¿Qué serian los actos exteriores sin la buena intencion sinó actos puramente mecánicos? cómo habian de calificarse de actos racionales? Y es bien cierto que todo acto religioso ó piadoso debe ser un acto racional, esto es, hecho conforme á razon y acompañado de la misma razon.

Además, el ayuno como acto piadoso es una práctica de penitencia. No son nuestros sentidos los que hacen la penitencia, sinó nuestra

alma por medio de los sentidos. Luego el alma debe acompañar á estas prácticas de penitencia con su voluntad y recta intencion. De otra manera el ayuno no sería una obra meritoria, sinó una obra indiferente cuando mas, puesto que siendo puramente material no podria tener objeto alguno moral ni religioso.

Al emprender el cristiano la práctica del ayuno, se propone hacer un acto meritorio á los ojos de Dios, al menos en cuanto esté de su parte, lo cual no puede conseguir sin que le acompañe la buena disposición interior, porque el mérito nace del corazon. Por donde comprendemos cuán errados andan aquellos que creen, que con actos de piedad externos sin la pureza de corazon pueden ganar mérito alguno. Esta es la verdadera hipocresía tantas veces y tan duramente condenada por Jesucristo en el Evangelio.

Si el mérito, pues, de nuestros actos piadosos exteriores nace de la buena intencion y de la pureza de corazon con que se hacen, necesario es de todo punto que á ellos preceda y acompañe la integridad interior, esto es, que el corazon se purifique de sus malas pasiones,

que el alma lave sus manchas, que todo el hombre interior se regenere y rejuvenezca por medio de la abstencion de toda falta, para que sirva de base sólida y única verdadera sobre que se levante el mérito de la abstencion de los manjares.

No se necesita para comprender esto que nos hable la Religion, basta consultar á la verdadera filosofía para convencernos de ello. El hombre que forma un admirable é incomprendible dualismo, un compuesto misterioso de espíritu y cuerpo, siendo este el instrumento de aquel para todo lo externo, no puede dejar abandonadas las funciones de sus sentidos á sí mismos, quiere esto decir, no puede dejar que los sentidos se muevan, obren y funcionen aislada é independientemente, porque esto es imposible de todo punto; y lo es, porque si los sentidos, si los miembros del cuerpo, si el cuerpo mismo es instrumento del alma, de esta ha de recibir su accion, su impulso y su movimiento. El instrumento no se mueve sinó á voluntad del artífice que lo maneja, y no se atribuye á aquel la perfeccion ó imperfeccion de la obra, sinó á la pericia ó impericia de este.

Ahora pues, en nuestro caso el alma es el artífice que presta el mérito á la obra exterior, no los sentidos que sufren tal ó cual quebranto, tal ó cual privacion. Y ¿cómo, se dirá, el alma puede prestar mérito á las privaciones de los sentidos? Uniendo á ellas la recta y

piadosa intencion, y la pureza de costumbres y de vida en todo. ¿De qué servirá que el cuerpo padezca, sufra privaciones y mortificaciones, si el alma sigue envuelta en el lodo de otros vicios? ¿De qué servirá que el cuerpo se consagre exteriormente á la penitencia, si el alma sigue quemando incienso á las pasiones? ¿De qué servirá que el cuerpo se ofrezca en holocausto público, si el alma sigue secretamente embriagada con el vicio? ¿De qué servirá que el cuerpo aparezca exteriormente consagrado á Dios, si el alma sigue prestando homenaje al enemigo de su bien?

Ya lo hemos dicho antes; la filosofía no puede separar, no separa los actos externos de los interiores del alma para darles valor, porque todo lo reciben de esta; de otro modo fraccionaría el ser humano de una manera monstruosa, lo cual es inconcebible por lo absurdo. Luego el alma ha de estar siempre unida á estos actos exteriores con la rectitud de intencion y con la integridad en la pureza de sus actos, como queda dicho; ha de inspirarlos, ha de acompañarlos, ha de vivificarlos con la vida interior de virtud y santidad. Solo así aquellos actos podrán revestir el carácter de verdaderamente buenos y meritorios, sin el cual serán completamente inútiles, sin el cual mas servirán para la condenacion que para la salvacion moral del individuo.

Entrando ahora en consideracion:

nes de un orden exclusivamente religioso, fijémonos por algunos momentos en lo que nos enseña la revelacion, que es la antorcha que debe alumbrar y guiar á todo buen cristiano. Dios, por medio del profeta Isaías, dá á su pueblo las mas importantes lecciones para que evite todo lo que puede hacer defectuoso é inútil el ayuno, y para enseñarle con qué espíritu se debe ayunar y mortificarse, á fin de que se obtengan dignos frutos de penitencia. Es muy triste el macerar su carne y mortificar sus sentidos, para hacerse todavía mas criminales delante de Dios é irritar aun mas su justicia y su cólera, en lugar de apaciguarla con los rigores de la penitencia.

Sin embargo, esto es lo que hacen todos los que ayunan con malas disposiciones, por motivos poco puros, con pasiones poco mortificadas. Se ayuna, es verdad; pero ¿de qué sirve esta maceracion del cuerpo, esta abstinencia observada hasta con rigor, si se mantiene en el corazon una codicia que todo lo quisiera devorar, pasiones que en todo se satisfacen, un deseo de venganza que consume? ¿de qué sirve ayunar cuando se hace ostentacion del ayuno? Hipócritas son los que de tal modo proceden; todo cuanto así hagan es inútil. *Clama sin cesar*, dice Dios á su Profeta; haz resonar tu voz como una tempestad que se oiga por todas partes, para anunciar á mi pueblo que yo miro mas al corazon que á un exterior im-

ponente, que solo puede engañar á los hombres. Vosotros estais cargados de crímenes, vuestro corazon está manchado con mil culpas, las pasiones reinan en él con imperio. El amor del mundo ha extinguido el amor de Dios, estais del todo hinchados de orgullo; un vil interés, una venganza inveterada os hacen objeto de horror á mis ojos, y vosotros pretendéis agradarme y ganarme por un exterior enlucido, por una artificiosa penitencia. Se pretende en vano honrarme con una máscara de piedad, como si yo fuese capaz de dejarme engañar. Estos hipócritas se lisonjean de buscarme de dia en dia, cuando me obligan á alejarme mas de ellos; quieren conocer mis caminos, bien resueltos á no seguirlos.

¿Quién no vé que hay un modo de buscar á Dios que es malo, como cuando uno pretende buscarle y se busca á sí mismo? ¿Quién no vé que se le busca en apariencia, cuando se conserva en el corazon lo que nos impide encontrarle? ¿Quién no vé que se le busca inútilmente, cuando cada dia nos alejamos mas de él por el desarreglo del corazon, y por la iniquidad de la conducta que observamos? Se busca á Dios sin quererle encontrar, puesto que no se quiere domar las pasiones que nos dominan, reformar las costumbres tan poco religiosas, que nos hacen cada dia mas culpables á sus ojos. Se le busca, pero es de un dia para otro, dilatando siempre á otro tiempo la conversion. Se quiere co-

nocer sus caminos, saber su voluntad, entender lo que manda y lo que exige de nosotros; deseos vanos y frívolos, devoción especulativa, conocimiento infructuoso, puesto que de nada nos aprovecha y de nada ha de aprovecharnos siguiendo tan tortuosa senda de vida.

Todos los cristianos quieren saber los caminos de Dios; ¿es para seguirlos? pues ¿en qué consiste que nos apartamos tanto de ellos? El Evangelio nos enseña con bastante claridad los caminos del Señor; pocos los ignoran, todos los días nos los predicán. Confesemos que no nos alejamos de ellos por ignorancia, sino por pura malicia, por un espíritu de libertinaje. Se quiere saber los caminos de Dios, y para esto nos dirigimos además á directores ilustrados, á doctores hábiles. Pero si este deseo es sincero, ¿en qué consiste que se saca tan poco fruto de tantas predicaciones, de tanta doctrina como se esparce por el mundo? *Ellos quieren acercarse á Dios*, dice este por su Profeta. Nada mas laudable que este deseo ardiente de la perfección; pero ¿se ignora que solo nos santificamos por la inocencia, la pureza de corazón, la victoria de todas las pasiones, la regularidad de las costumbres, el ejercicio de la penitencia, y que es preciso necesariamente que nos apartemos del mundo si queremos sinceramente acercarnos á Dios?

Pero ¿por qué hemos ayunado, sin que os hayais dignado hacer

caso de ello? dicen á Dios esas almas cobardes, esos devotos no mas que de deseo. Hemos humillado nuestras cabezas bajo de la ceniza, nuestro aire y nuestra modestia son la señal de nuestra humillación, y Vos no habeis fijado vuestra atención, ni hecho alto sobre nosotros. ¡Desgraciado el que pueda quejarse de este modo! Tal es la miserable suerte de los herejes, de los cismáticos, de los hipócritas, de todos los que pueden llamarse juguetes de la ilusión y del error, y de las tristes víctimas de la pasión dominante. No hay herejía que no haya afectado la severidad en su moral, y que no haya hecho ostentación de un aire de penitencia en su pretendida reforma. El cisma y la herejía claman siempre de concierto contra la relajación. Todavía se ayuna alguna vez entre los protestantes; los griegos cismáticos ayunan aun hoy rigorosísimamente muchas cuaresmas. Ninguno de ellos, aunque muera en el cisma ó en el error, deja de exclamar: *¿por qué hemos ayunado y no habeis hecho caso de ello?* ¿Era preciso sufrir tanto para perderme? ¿Después de tanto ayunar, no debia tener por toda recompensa mas que la condenación? *Hemos ayunado*, dicen; y ¿por qué, Señor, no os habeis dignado mirar nuestra penitencia? Porque no erais de mi rebaño, porque estabais fuera de mi casa, porque habeis vivido y habeis muerto separados, cortados de la Iglesia.

Desgraciadamente podemos exclamar tambien: ¡cuántos malos católicos tendrán igual suerte! Hemos observado, dirán á Dios, con toda regularidad el ayuno solemne, tambien hemos humillado religiosamente nuestras cabezas bajo de la ceniza. Por mas delicada que haya estado nuestra salud, por mas aversion que hayamos tenido al pecado, Vos sabeis que no nos hemos dispensado de la abstinencia de cuaresma; hemos obedecido á la Iglesia, hemos observado cuidadosamente sus preceptos y su voz; y sin embargo, ¿esta penitencia no vale nada, no nos sirve de ningun mérito?

Siervos infieles, dice el Señor, vosotros habeis ayunado; pero ayunando, ¿os habeis abstenido de vuestras iniquidades, de vuestras impurezas, de vuestros vicios? ayunando ¿habeis restituido la hacienda mal adquirida, habeis extinguido el fuego de la concupiscencia de que estais abrasados? ayunando ¿habeis sofocado el espíritu de venganza y de enemistad? el espíritu de envidia y de codicia? el espíritu de acritud y de malignidad con vuestros hermanos? ayunando ¿habeis roto ese comercio criminal, esos lazos tan funestos á la inocencia? En fin, humillándoos bajo de la ceniza, ¿os habeis humillado delante de Dios, y os habeis reconciliado con él por una santa confesion, por una perfecta contricion, por una conversion sincera?

Ayunar, y permanecer siempre

tan irregular en su conducta, tan indevoto en su condicion, tan irreligioso en sus sentimientos, tan escandaloso en sus costumbres, tan duro con los pobres, tan colérico con sus domésticos, tan injusto en su comercio, tan voluptuoso, tan mal cristiano, ¿es esto lo que se llama ayuno y dias agradables al Señor? El ayuno que este aprueba y que le es en verdad agradable, el que mira con complacencia y recompensa con liberalidad, es el que comienza siempre por la penitencia del corazon, por romper todos los vínculos de iniquidad, por la reforma de las costumbres, por una vida inocente.

No hay ninguna persona religiosa, y aun pocos cristianos que no ayunen en la cuaresma. ¿En qué consiste, pues, que se ven tan pocos frutos de este ayuno? Esto procede de que no se ayuna segun el espíritu de Jesucristo, segun la intencion de la Iglesia. *No ayuneis en adelante*, dice el Profeta, *como lo habeis hecho hasta ahora. Ayunad de hoy mas con espíritu de penitencia, con inocencia y con verdadero espíritu de caridad.*



Segun hemos visto en los periódicos de esta capital, la Excm. Diputacion provincial ha consignado en su presupuesto de gastos la cantidad de seiscientas pesetas, como subvencion anual á favor del Asilo

de niños pobres, fundado y atendido por la Asociación de Señoras titulada de Nuestra Señora de los Remedios. Esta disposición, que ha merecido general aplauso, revela la solicitud de dicha corporación en aliviar las necesidades de la capital y de la provincia. La suma falta que hacía al mencionado asilo una subvención por pequeña que fuese, aumenta el mérito de tan caritativa disposición y hace nos complazca doblemente. Damos el más leal voto de gratitud á la Diputación provincial en nombre de la pobre infancia, como al propio tiempo la enhorabuena á la Asociación de Nuestra Señora de los Remedios.

¡LOADO SEA DIOS! — El distinguido orador sagrado Sr. D. Juan Chaumel, que tantas y tan justas simpatías tiene en Alcoy, está obteniendo visibles resultados de su predicación cuadragesimal en esa religiosa ciudad. Un inmenso concurso acude al templo, ávido de oír la palabra divina que con tanta elocuencia como sencillez explica dicho orador.

El Sr. Chaumel que, con grandes ventajas ha comprendido lo que es, lo que puede y los óptimos frutos que se obtienen con la predicación evangélica, no satisfecho con acudir constantemente á la cátedra santa en los días de costumbre en dicha ciudad durante el presente tiempo, se ha propuesto predicar también algunas conferencias para

hombres solos, en cuyos actos tratará puntos muy interesantes en la actualidad, tales como *Necesidad y utilidad de la fé.* — *Cómo y por qué ha venido el socialismo.* — *Ricos y pobres.* — *Miseria de los ricos y riqueza de los pobres.* — *La cuestión obrera solo tiene una solución.* — *Caridad en el rico, paciencia en el pobre.*

Deseamos al Sr. Chaumel la asistencia divina, para que pueda desempeñar con gran fruto de sus oyentes tan árdua tarea.

MATER DOLOROSA.

¿Qué voz el aire hiende
Y llega melodiosa, tierna y suave,
Como el rumor que estiende
Entre las hojas de la selva umbría
El silencioso aletear del ave
Que busca el nido al espirar el día?
¿Qué son los aires puebla
Y llega humilde, tembloroso y leve,
Como el suspiro que al pasar la niebla
Arranca al copo de la blanca nieve?
¿Qué misterioso y celestial acento
Rompe el silencio de la noche oscura,
Como el quejido que levanta el viento
Cuando pasa besando el agua pura,
Que desliza entre arenas su corriente
Y el son apenas de sus ondas siente?
Misterioso quejido, rumor vago,
Eco callado, silencioso y tierno,
Suspiro de dulcísima armonía
Puebla la inmensidad; riza del lago
Las ondas quejumbrosas; del eterno
Lugar en que las nieves se amontonan,
Baja hasta el valle que ilumina el día,
Y entre las flores al cerrar su broche
También murmura en la callada noche.
Pasa del mar por la gigante espalda,

Del antro oscuro hasta la cima sube,
 Besa del monte la florida falda,
 Llega hasta el cielo en la argentada nube,
 Suave penetra en la ciudad dormida,
 Sigue á la nave que abandona el puerto,
 Y alienta la escondida
 Arena del desierto,
 Que todo cuanto muere y cuanto vive
 Del eco dulce la impresion recibe.
 ¿Qué son es ese que los aires hiende?
 ¿Qué produce el tristísimo quejido
 Que avanza y que se estiende,
 Tierras y mares con sus ondas puebla
 Y llega humilde, tembloroso y leve,
 Como el suspiro que al pasar la niebla
 Arranca al copo de la blanca nieve?
 ¿Qué misterioso y celestial acento
 Oyen el lago, el mar, el antro oscuro,
 Montes y valles, la ciudad dormida,
 Flores, nave, desierto, nubes, viento,
 Cuanto es, cuanto fué, cuanto hay con vida?
 Es que muere Jesús: ¿dolor alguno
 Hay que mas rudo el corazon taladre
 De la amorosa Madre
 Que le mira espirar? No, no hay ninguno;
 Y el mundo todo al contemplar su duelo,
 Al sentir su inmensísima agonía
 Trémulo calla, su oracion al cielo
 Eleva el corazon, y de María
 Las lágrimas no mas que lentas corren;
 Cual eco de dulcísima armonía
 Llena montes y valles, nubes, viento,
 Flores y nave, la ciudad dormida,
 Cuanto es, cuanto fué, cuanto hay con vida,
 Llena la inmensidad, los aires puebla,
 Y llega humilde y tembloroso y leve,
 Como el suspiro que al pasar la niebla
 Arranca al copo de la blanca nieve.

M. Seco y Shelly.

El Padre Santo recibió en el salon del Trono, el 20 de Febrero, á una diputacion compuesta de los Curas de las cincuenta y cuatro parroquias de Roma y de los eclesiásticos que van á predicar en la presente Cuaresma. Despues de

aceptar Su Santidad el homenaje de amor filial de aquellos venerables eclesiásticos, dirigióles la palabra en los siguientes términos:

«Cuando la misericordia divina, llena de solicitud por el bien de la familia conoció que esta habia llegado al colmo del desorden, descendió á la tierra, revistióse de la naturaleza humana y vivió entre los hombres para guiarles por el camino de la verdad y de la justicia. Jesucristo vino á la tierra, pero *mundus eum non cognovit*. Y lo que es peor, aquellos mismos entre quienes quiso pasar su vida, negáronse á reconocerle: *Nolumus hunc regnare super nos*.

«Páreceme que lo mismo puede decirse de los presentes tiempos. Jesucristo (como sucede siempre), no deja de hacernos oír su voz: lo hace de muchas maneras, ora con los castigos de su justicia, ora por la via de su misericordia, y no obstante, *mundus non cognoscit*. Pero hay algo más horrible aún: no solo no se reconoce sino que se blasfema contra su santo nombre, y todos vosotros habeis podido leer, ó por lo menos oír hablar, de las blasfemias que ciertos periódicos han propalado con insistencia repetida estos últimos dias contra nuestro divino Redentor. Estas publicaciones demuestran que hay un número de personas que dicen: *Nolumus hunc regnare super nos*.

«¿Cuál es nuestro deber en este estado de cosas? Nuestro deber consiste en oponernos con todas nuestras fuerzas al desbordamiento de la iniquidad. *Quotquot autem receperunt eum, dedit eis potestatem filios Dei fieri*, prosigue el evangelista San Juan. Luego todos los que recibieron á Jesucristo (y esta dicha nos es comun á todos los presentes) deben consagrar sus esfuerzos á que los extraviados vuelvan al jefe de familia y se conviertan en hijos de Dios. No ignoro que la tarea es larga y penosa y numerosas las dificultades; pero entremos en el templo, allí donde todos los dias nos presentamos á los pies del Eterno para sacrificar la víctima, es decir, para ofrecer la preciosa sangre de Jesucristo;

pues allí es donde debemos adquirir nuestra fuerza. Allí está la fuente de vida que debe embriagarnos, y en ella se apagará nuestra sed y la de toda la familia humana.

«Contemplad á Jesucristo, cuya vida entera nos ofrece ejemplos que imitar; ved dónde se manifiesta; en el templo, en donde se da á conocer por primera vez. Allí aparece Jesus en presencia de los Sacerdotes, de los escribas y fariseos. Al observar estos últimos la hermosa fisonomía del jóven que se hallaba en medio de ellos, interrogáronle, y tales fueron sus respuestas, que llenaron de admiracion y asombro á cuantos le rodeaban; *Stupebant super responsis ejus*. Y cuando la Santísima Virgen María le reconvino dulcemente por haber dejado de esta manera á sus padres, aunque por poco tiempo: «¿Pues qué, respondió, no sabéis que siempre debo hallarme donde están las cosas que interesan al Padre?»

«Aquí teneis, queridos hijos y hermanos en Jesucristo, lo que nosotros debemos hacer; donde quiera que se trate de los intereses de nuestro Eterno Padre, ó que se trate de los intereses de Dios menospreciados por los hombres, allí debemos encontrarnos como atletas, como soldados que combaten en los campos de batalla para sostener su gloria, para atraer hácia El las almas, en una palabra, para salvar el mayor número posible de esos extraviados que corren en pos de los clamores y las seducciones del mundo.

«Lo repito, sé que hay muchas emboscadas, y que el sarcasmo, el insulto y la amenaza nos cercan incesantemente. Pero Jesucristo mismo ¿no estuvo frecuentísimamente expuesto á estas miserias mientras estuvo en la tierra? *Si me persecuti sunt, et vos persequentur*. Hasta dejó consumir un acto que, en verdad, me admira, como á todos os sorprende, es decir, dejó que le tentase el demonio. Tentóle el demonio por la vanidad, por el apetito y el orgullo: *Hæc omnia tibi dabo, si cadens adoraveris*. Bien sé y lo sabe todo el mundo que Jesucristo era Señor de todo, el Señor de las provincias, de los reinos y de los mismos imperios; no

obstante, permitió al demonio que le tentase, hecho extraordinario y que encierra grande enseñanza.

«Y hé aquí á este propósito una pregunta: ¿No podría decirse en vista de este hecho, que para sentarse en un trono usurpado, para poder conservarlo de cualquiera manera, pero indudablemente, por muy poco tiempo, para apoderaros de lo que no os pertenece, es preciso prosternarse ante el demonio? *Si cadens adoraveris me*. Puede suceder muy bien el sentarse en los tronos.... pero, en fin, esto basta.

«Pues Jesucristo, despues de tolerar que le tentase el demonio, dijole: *Vade, Satan*. Y ¿qué sucedió entonces? Descendieron los ángeles del cielo *et ministrabant ei*, consolábanle y le auxiliaban; porque unido á la naturaleza humana, necesitaba ser socorrido y confortado.

«Y ¿por qué no debemos esperar nosotros mismos? No digo que los ángeles vendrán á socorrernos; pero ¿por qué nosotros mismos no hemos de elevar á Dios nuestro espíritu, consolarnos, y sacar de él ese valor, prenda de paz y tranquilidad aun en medio de la más deshecha borrasca? Sí, queridos hijos míos, debemos esperar, *venite ad me omnes qui laborati et onerati estis, et ego reficiam vos*. El angel consolador, la voz de Jesucristo debe resonar en nuestros oídos. Venid sin vacilar. San Gregorio dice: *Praecedit tentatio ut sequatur victoria; Angeli assistunt ut victoris dignitas comprobetur*.

«Verdad es que por nosotros mismos no podemos considerarnos dignos de tan inmenso bien, pero adquirimos un gran sentimiento de confianza en el número tan considerable de los buenos, en el espíritu general que domina en gran parte de la Iglesia católica y distingue á tantos Obispos, quienes en ciertas partes de Europa ofrecen al Clero y al pueblo un ejemplo tan noble de intrepidez y valor en la defensa de los derechos de Dios. Esos hechos son los que deben infundirnos el valor necesario para poder combatir á los enemigos de la verdad y la justicia.

«Animo, pues: combatamos con santo valor y no tengamos temor ninguno,

porque Dios estará con nosotros; será nuestra compañía y nuestro apoyo. Con el fin de armaros para la buena batalla, digo, por ejemplo, á los predicadores que van á hablar á las religiosas, hoy sujetas á tantas vejaciones: Recomendadlas que eleven su espíritu á Dios. Ahora acabo de rezar el oficio de Santa Martina, trasladado del 30 de Enero á este día: (Calendario Vaticano). Decidlas que esta Santa era una dama romana, que empleó sus bienes en favor de los pobres, y que no tuvo miedo á la arrogancia de los tiranos ni á la crueldad de los verdugos; que no tuvo miedo á nada y consagró su vida á Dios. Yo no digo que las religiosas deban ir á buscar el martirio; pero es bueno no olvidar ciertos ejemplos que pueden servir para infundir valor, y á vosotros, queridos hijos, os corresponde sugerirlos.

«A los que van á predicar al pueblo, les digo: Esforzaos por inspirarle el respeto á la Santa ley de Dios: animadle y felicitadle de que aquí, en Roma, haya todavía tantas personas que se emplean en procurar el bien de las almas, en el socorro del pobre y en enjugar las lágrimas de la viuda: inspiradles valor y decidles que Dios los mira desde el cielo, y enviará los ángeles custodios para conservarles en este espíritu de virtud, de resignacion y de valor cristiano.

»Recomiendo á los Párrocos la paciencia para con sus feligreses, y esta es la ocasion de decirles: *Argue, óbse-cra, increpa in omni patientia*; porque, amados hijos, este es el punto importante; si siempre habeis necesitado paciencia, ahora os es mas necesaria que nunca. Cumpla cada uno de vosotros con su deber, y al ejercitar la paciencia, no olvideis de aconsejársela á los demás, porque todos tienen necesidad de ella, segun los tiempos y las circunstancias.

«¡Esperemos, esperemos! Si los ángeles, lo repito, no vienen á ayudarnos, Dios se acordará de su infinita ternura y nos bendecirá para que, gracias á su bendicion, podamos ver pronto los efectos de su divina misericordia.

»Yo os bendigo, mis queridos hijos: os bendigo en el órgano de la palabra, para que podais anunciar con fuerza y libertad la palabra de Dios; pero os ben-

digo mas especialmente en vuestro espíritu y en vuestro corazon, para que pongais en práctica lo que predicais y podais santificar á los pueblos con vuestro ejemplo. Acompañeos esta bendicion todos los días; trasmitídsela á los religiosos, á las religiosas, y á donde quiera que vayais, decid que el Papa bendice á todos, ruega por todos. Como hombre particular no es digno, pero como Vicario de Cristo levanta su voz al cielo, y con este título el Señor se digna escucharla algunas veces. Decid por esto que mis oraciones no faltarán jamás para sostener á los débiles y obtener la curacion de los hombres corrompidos. Decid que esta bendicion debe animarlos á ellos como á vosotros. Que Dios me bendiga tambien; que bendiga la ciudad de Roma y la preserve de los terribles males que la amenazan: esperemos que Dios la preservará.

«*Benedictio Dei, etc.*»

El día 23 de Febrero recibió el Padre Santo á una comision de 700 señoras que fueron á protestar, en presencia de Su Santidad, contra las repugnantes escenas del Carnaval. Estas señoras, pertenecientes á un círculo que tiene por objeto mantener la práctica de la religion, hallábase presididas por los Curas de las parroquias á que correspondian, así como por el señor marqués Cavaletti, su presidente. Al discurso que con este motivo pronunció el ^{señor} cura de San Celso, contestó Su Santidad en estos términos:

»No puede negarse, dijo Su Santidad, que las mujeres pueden trabajar en gran manera por el bien de la sociedad con su buena conducta, porque una mujer piadosa y prudente vale un tesoro. Por el contrario, una mujer animada de malos sentimientos puede causar un daño inmenso á la sociedad.

«Pero vosotras habeis emprendido

la buena senda, y por eso venís á visitar al Vicario de Jesucristo para recibir su bendicion. Os pareceis á esas piadosas mujeres de que nos habla el Evangelio, que acompañaron á Jesucristo al Calvario y quisieron participar de sus dolores.

»La mujer, segun Dios, se distingue por su corazon compasivo; y á propósito voy á referiros, para consuelo vuestro, dos hechos, uno de los cuales me sucedió á mí personalmente. Hace cuarenta y dos años estalló una revolucion siéndo yo Obispo, y como los revolucionarios toman siempre por punto de partida á los hombres que pertenecen á la Iglesia, decidime á ausentarme de mi Sede. Habria andado unas diez millas por medio de los bosques, cuando al cabo sintiéndome fatigado me entré en una choza para descansar en ella. Allí encontré á dos hermanas, pobrecitas mujeres, trabajando, las cuales al ver á su Obispo en aquel estado, recibieronlo con lágrimas de compasion.

»Ofrecieronme un poco de pan y me convidaron á beber para reparar mis fuerzas, cuya atencion me enterneció, y dí gracias á aquellas mujeres por su buena voluntad.

»El otro hecho ocurrió en 1849 á una persona de mi servicio, y que tambien tuvo necesidad de fugarse en aquella época, porque se trataba de prenderla por su adhesion al Papa.

»Dos mujeres reducidas á la pobreza, que vivian en la ciudad donde se encontraba, le acogieron y tuvieron oculto durante dos meses; es decir, háy el momento en que los austriacos acuta. Pero Jesús á la poblacion de aquellos impios. Yo continuo, por espíritu de agradecimiento, dando una pequeña limosna á aquellas mujeres.

»Tambien vosotras haceis el bien que podeis, atrayendo sobre vuestros niños la bendicion del cielo y poniéndolos á cubierto de los actuales peligros. Asi mismo os encargo que oreis é imploréis misericordia, como lo hacia el ciego de Jericó cuando Jesús pasaba por su lado. Jesucristo, segun lo refiere el Evangelio, iba á Jericó acompañado de sus Apóstoles, y al llegar cerca de aquella ciudad,

un ciego empezó á gritar: *»Jesu fili David, miserere mei»* Los que acompañaban á Jesús trataron de hacerle callar, pero él gritaba cada vez con mas fuerza. Entónces llamóle Jesús, y le dijo: *«¿Qué quieres?»* El ciego respondió: *»Domine ut videam»* Respondióle Jesús: *»Fides tua te salvum fecit»* Observad este milagro hecho instantáneamente, y ved si no es una prueba de la divinidad de Jesucristo. *Respice:* y el ciego recupera la vista, y sigue á Jesús, alabándole y dándole gracias.

»Vosotros clamad tambien: *Jesu fili David, miserere mei.* Repetid estas palabras cuando orais en los templos. Sé que muchos procurarán apartaros de la oracion: se os presentará tambien malos ejemplos para arrastraros al camino del mal, presentando á vuestros ojos ya mascaradas indignas, ya bailes que son verdaderas orgias infernales. Por estos medios se trata de corromper esta ciudad querida, que es la capital del mundo católico.

»Hijas mias, cerrad los ojos á estas abominaciones que corrompen las costumbres y turban el buen orden. Haced cuanto os sea posible para que ninguna persona de las que andan cerca de vosotras tenga participacion en estos actos diabólicos, y repetid con el ciego de Jericó: *Jesu fili David, miserere mei.* Jesús, tened piedad de nosotros, ved á nuestra pátria, objeto de escarnio, desde que hace la guerra á la Iglesia, á los Sacerdotes y á las vírgenes del Señor.

»Al daros mi bendicion, invoco sobre vosotras la bendicion del Padre Eterno. En mi calidad de Vicario de Jesucristo, tengo el derecho de servirme de sus mismas palabras: *Quos dedisti mihi, Pater, non perdam ex eis quemquam.* Haced que yo pueda conducir á vuestros piés todas estas almas que me habeis confiado, para que tengan la dicha de oir estas consoladoras palabras: Venid, almas benditas, al paraíso.

»Guardad con cuidado y constancia el tesoro de la fé: Yo os bendigo á vosotras, á vuestros maridos y á vuestras familias. Que Dios las preserve de todo mal. *Pater mi, serva eas.* Libradlas de las péfidas sugerencias de los impios.

Y en tanto, esperad que Dios se acordará pronto de sus misericordias. Y tened por cierto que si mereceis ser recibidas un día en el seno de Dios, podreis alabarle por los siglos de los siglos.

«*Benedictio Dei, etc.*»

DOCUMENTO NOTABLE.

El excelente periódico titulado *Correspondencia de Ginebra* nos remite el valeroso y enérgico discurso que el príncipe Lichtenstein, presidente de la comisión católica internacional llegada á Roma para protestar contra las iniquidades de la revolución, leyó al Papa el día 7 del corriente.

Como en este mensaje se censura con cristiana energía al Gobierno subalpino, no ha podido ser publicado íntegro por la prensa católica de Italia; mas el mencionado periódico suizo se ha encargado de hacerlo conocer á todo el mundo. Tan mal ha sentado á los diarios italianísimos, que estos piden la expulsión inmediata del príncipe austriaco que lo leyó, amenazando de paso, según tenemos dicho, á las comisiones católicas que de todos los ámbitos del mundo acuden á Roma á ofrecer al Papa eminentes testimonios de acendrado amor y sumas considerables de dinero, que mantengan á la Santa Sede en una posición menos precaria de lo que sus perseguidores quisieran.

Nos place el desagrado de los revolucionarios, y eso que el mensaje del príncipe solo contiene verdades, que, como ha dicho el Papa al oírlas, son algunas tan duras, pero al fin son verdades.

Hé aquí el mensaje:

«Beatísimo Padre: Cuando, por la mas indigna violación del derecho de gentes, fué invadida la capital de vuestros Estados, los autores de este execrable atentado aseguraban muy alto, que ellos no atentaban con ello sino á vuestro poder temporal. Tendrían como caso de honor, decían, el respetar vuestro poder espiritual, proteger la Iglesia y el libre ejercicio de vuestra autoridad sobre las almas.

«Estas seguridades hipócritas no engañaron sino á los que quisieron ser engañados. Se vió bien pronto que los guardianes no eran otra cosa que carceleros, y los protectores opresores detestables.

«Desde entonces no hemos cesado de elevar nuestras voces para advertir á nuestros Gobiernos, que la unidad de Italia no es mas que un pretexto para esclavizar la Iglesia; que la injuria hecha á vuestro trono alcanza á quien esté revestido de una autoridad legítima, y que en el ataque dirigido con una astucia y una violencia infernales contra vuestra independencia, peligra la independencia de todos.

«¡Cuántas veces despues han justificado vuestros perseguidores por medio de sus inicuos procederes nuestras previsiones y justificado nuestros temores!

«Mas hé aquí que hoy meditan una nueva y mas audáz empresa. Tratan de extender sus sacrilegas manos sobre el corazón mismo de la Iglesia.

«Porque las órdenes religiosas, inagotables planteles de santos, apóstoles y doctores, hogares sagrados donde se alimenta el fuego de la caridad, del celo y de la ciencia, fuentes privilegiadas de donde sale más pura y caliente la sangre de Jesucristo para circular en las venas de la Iglesia, de que Vos sois la cabeza augusta, pueden ser comparadas á ese noble asiento de la vida que se llama el corazón.

«Ellas forman al mismo tiempo y alrededor de Vuestro sagrado trono una cohorte de intrépidos defensores. Sirvenle de muro inespugnable, son la columna firmísima que sostiene el templo del Señor.

«Hé aquí la razón secreta del odio que

Satan infunde por todas partes contra ellas. Por estos títulos y por las virtudes que suponen han merecido ser, sobre todo hoy, el objeto de persecuciones implacables.

»Pero con los enemigos que se encarnizan á la vez contra Vos, Santísimo Padre, y contra ellas no hay conciliación posible. No es de temer la guerra contra semejantes enemigos; lo que es preciso temer es la paz con ellos. Sin duda serian muy dichosos en poder establecer con Vos algun convenio péfido; desean ardiénteemente ver concluido un acuerdo tácito, cierto sistema de recíproca tolerancia. Aguardan que por cansancio os vereis obligado á aceptar su *modus vivendi*.

»Pero esta concordia entre el despojador y el despojado, entre el verdugo y la víctima, gracias á Dios, jamás existirá, nunca será sinó un sueño. El buen sentido lo demuestra; enseñanoslo Vuestra incansable palabra, Santísimo Padre. Esta voz no ha cesado en toda ocasion de elevarse con una energia siempre creciente contra cada nuevo atentado de Vuestros opresores, y no ha permitido al mundo creer un solo instante que el Pastor supremo se uniria con el lobo cruel que asola su rebaño.

»No, no; Pedro, que vive en Vuestra persona, desplegará siempre contra Herodes su heroica firmeza. Con todo su corazon aplauden vuestros hijos Vuestro valor, y ruegan á Dios que os prodigue los auxilios en proporcion de los peligros que aumentan y de la violencia creciente de la pelea.

»Si todos los signos de los tiempos no nos engañan, esta lucha toca á su término. Los perseguidos han colmado pronto la medida, y Dios, cuya justicia es lenta porque es segura, les reserva en un próximo dia el castigo de los traidores, la traicion de sus cómplices.

»Sin duda, al menos en cuanto la mirada humana puede sondear el porvenir, corremos hácia pruebas terribles; pero las afrontaremos sin miedo. Sostenedos por la gracia divina, alentados por Vuestro heroico ejemplo, las pasaremos sin debilidad y con Vuestra Santidad acabaremos por obtener la victoria.

»Estad seguro, Santísimo Padre, de que si la Europa gubernamental os ha abandonado tristemente, el pueblo católico se cree mas obligado á agruparse en Vuestro derredor. La defeccion de sus jefes políticos le hace conocer mejor el deber de ocupar en lugar de aquellos el puesto de honor próximo á Vuestra cárcel.

»Se mantiene en él con amor y se mantendrá mas firme que nunca. La luz ilumina los espíritus. De dia en dia comprenden los fieles la sabiduria sobrenatural de que fuistes adornado, cuando lanzasteis vuestros anatemas contra las perversas doctrinas que han sido el germen emponzoñado de todas las desgracias de Europa y del mundo. En adelante, el *Syllabus* y la Encíclica memorable que le acompaña serán á los ojos de los verdaderos creyentes el faro que luce en la oscuridad de la tempestad, el estandarte de salvacion, que es preciso defender so pena de perecer.

»Pero son precisamente estos temores y esperanzas, en medio de los que flota el corazon de los verdaderos hijos de la Iglesia, los que nos han decidido, Santísimo Padre, á venir á prosternarnos á Vuestros Sagrados pies, para atestiguar así solemnemente todo el horror que nos inspira el nuevo atentado que se trama, al lado de Vuestra S. Sede apostólica, contra las órdenes religiosas que son sus más intrépidos defensores. No les faltará el auxilio de nuestros votos. Ellas están seguras del Vuestro; y cuando la familia cristiana entera y el Padre y los hijos elevan hasta el cielo sus protestas y sus oraciones, Dios les escucha y la cólera celeste está próxima á castigar á los culpables y vengar á la Esposa de Cristo y á su Vicario.»

El número de los individuos de la comision internacional fué el de 164, de los cuales eran cinco españoles, á saber, los señores D. Silvestre Rongier, don Luis Gonzalez, Sr. Abad de Aparicio, D. Marcial Aguirre y D. Eduardo Soler.